

LA BATALLA DE ACCIO

BARRY STRAUSS

LA BATALLA
DE ACCIO

Antonio, Cleopatra y Octavio

Traducción de Tomás Fernández Aúz

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The War that Made the Roman Empire*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de cubierta: Detalle del monumento de Leónidas en las Termópilas,
Grecia. Shutterstock

Primera edición: julio de 2023

© 2022 by Barry Strauss
All rights reserved. Published by arrangement with the original publisher,
Simon & Schuster, Inc.
© de la traducción: Tomás Fernández Auz, 2023
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputación, 262, 21^a
08007 Barcelonas
Tel. 93 494 97 202
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares
del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo público.
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2757-1

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 12571-2023

Impreso en España

A la memoria de mis padres

Índice

Mapas	13
Nota del autor	15
Cronología	17
Prólogo: Un monumento olvidado	23

PRIMERA PARTE: LAS SEMILLAS DE LA GUERRA. 44-32 a. C.

1. La ruta a Filipos <i>De Roma a Filipos, 44-42 a. C.</i>	35
2. El general y la reina <i>Éfeso-Tarso-Alejandro-Perusia, 42-40 a. C.</i>	61
3. Tres tratados y un matrimonio <i>Sicilia-Brundisium-Roma-Misenum-Atenas-Tarento, 40-36 a. C..</i>	83
4. La victoria de Octavio y la derrota y recuperación de Antonio <i>De Sicilia al Imperio parto, 36-34 a. C.</i>	107
5. Los preparativos de guerra <i>Roma-Éfeso-Atenas, 32 a. C.</i>	137

SEGUNDA PARTE: UN PLAN Y UN ATAQUE.

Otoño del 32 - abril del 31 a. C.

6. Los invasores
Grecia occidental, otoño del 32 a. C. 163
7. La corona naval
Italia, marzo del 31 a. C. 185
8. El rey de África
Metone, Grecia, marzo del 31 a. C. 197
9. Acomodado en un cucharón
Grecia occidental, abril del 31 a. C. 213

TERCERA PARTE: LA BATALLA.

Finales de agosto - 2 de septiembre del 31 a. C.

10. La venganza de Apolo
Accio, agosto del 31 a. C. 239
11. El choque
Accio, mañana del 2 de septiembre del 31 a. C. 263
12. Un barco de oro y velas de púrpura
Accio, 2 de septiembre del 31 a. C.:
aproximadamente entre las 2:00 y las 3:00 de la tarde 293
13. «Preferí conservar a destruir»
Accio, Asia Menor, entre el 3 de septiembre del 31
y la primavera del 30 a. C. 321

CUARTA PARTE: SE ACABA EL JUEGO.

Septiembre del 31 - enero del 27 a. C.

14. Pasaje a la India	
<i>Aleandría, septiembre del 31 - agosto del 30 a. C.</i>	345
15. La mordedura del áspid	
<i>Aleandría, 1-10 de agosto del 30 a. C.</i>	367
16. «Yo quería ver a un rey»	
<i>Aleandría, 30 a. C.</i>	393
17. El triunfo de Augusto	
<i>Roma, agosto del 29 - enero del 27 a. C.</i>	409
Agradecimientos	435
Nota bibliográfica	439
Notas	453
Créditos de las ilustraciones.	517
Índice analítico	519

Mapas

El Mediterráneo oriental	20-21
La Grecia occidental y el sur de Italia con Sicilia.	162
La batalla de Accio	238

Nota del autor

Salvo escasas excepciones, los nombres de la antigüedad se basan en la ortografía que indica la obra de referencia estándar: *The Oxford Classical Dictionary*, cuarta edición, Oxford University Press, Oxford, 2012.

[La traducción castellana sigue la pauta que marcan los textos clásicos, antiguos y modernos. En algunos casos, se ha optado por conservar la denominación original, griega o romana, señalándose en nota la equivalencia contemporánea (*N. del T.*)].

Cronología

15 de marzo del 44 a. C.	Asesinato de Julio César.
27 de noviembre del 43 a. C.	Creación del primer triunvirato.
Octubre del 42 a. C.	Batallas de Filipos.
41-40 a. C.	Guerra de Perugia.
41 a. C.	Antonio y Cleopatra se conocen en Tarso.
40 a. C.	Tratado de Brundisium;* Antonio y Cleopatra se casan.
39 a. C.	Tratado de Misenum.**
37 a. C.	Tratado de Tarento; se renueva el triunvirato.
Primavera-verano del 36 a. C.	Antonio fracasa al intentar invadir la Media Atropatene.
3 de septiembre del 36 a. C.	Batalla de Nauloco.
35-33 a. C.	Guerra de Iliria.

* La actual Bríndisi, en el «tacón» de la bota itálica, hoy capital de la Apulia. (*N. del T.*)

** Hoy Miseno, antiguo puerto romano en el sur de Italia. (*N. del T.*)

Verano del 34 a. C.	Antonio conquista Armenia.
Otoño del 34 a. C.	Donaciones de Alejandría.
31 de diciembre del 33 a. C.	El triunvirato llega a su fin.
Marzo del 32 a. C.	Antonio y Cleopatra unen sus fuerzas en Éfeso.
Mayo-junio del 32 a. C.	Antonio se divorcia de Octavia.
Probablemente a finales del verano del 32 a. C.	Octavio declara la guerra a Cleopatra.
En torno al mes de agosto del 32 a. C.	Las fuerzas de Antonio se agrupan en la costa occidental de Grecia.
Invierno del 32-31 a. C.	Antonio y Cleopatra pasan el invierno en Patrae.**
Marzo del 31 a. C.	Agripa se apodera de Metone y mata al rey Bogud.
Abril del 31 a. C.	Octavio cruza el Adriático y acampa en las inmediaciones de Accio.
Verano del 31 a. C.	Agripa inflige múltiples derrotas a la armada enemiga.
Finales de agosto del 31 a. C.	Antonio y Cleopatra deciden abandonar Accio.
2 de septiembre del 31 a. C.	Batalla de Accio.
Finales de septiembre del 31-julio del 30 a. C.	Antonio y Cleopatra en Alejandría.

* Hoy Patras. Asentamiento del Peloponeso con más de cuatro mil años de historia. Conoció su apogeo como puerto y colonia imperial romana. (*N. del T.*)

1 de agosto del 30 a. C.	Antonio se suicida; Octavio entra en Alejandría.
8 de agosto del 30 a. C.	Octavio se reúne con Cleopatra.
10 de agosto del 30 a. C.	Cleopatra se quita la vida.
Finales de agosto del 30 a. C.	Cesarión es asesinado.
29 de agosto del 30 a. C.	Octavio se anexiona Egipto.
En torno al año 29 a. C.	Dedicación del Monumento a la victoria de Accio.
13-15 de agosto del 29 a. C.	Octavio celebra un triple triunfo en Roma.
16 de enero del 27 a. C.	Octavio recibe el nombre de Augusto.
19 de agosto del 14 d. C.	Muerte de Augusto.



Mediterráneo oriental

0 400
millas

0 400
kilómetros



Prólogo

Un monumento olvidado

Nicópolis, Grecia

En lo alto de una colina a caballo de una península que avanza con el mar a un lado y un amplio golfo pantanoso al otro, en un rincón rara vez visitado de la Grecia occidental, se alzan las ruinas de uno de los monumentos de conmemoración bélica más importantes, pero menos reconocidos, de la historia. Las escasas piedras que aún permanecen en pie apenas logran dar una remota idea de la grandeza original del edificio. Hace sólo unas décadas, esos sillares yacían, dispersos sin ton ni son, por una colosal espesura, pero en la actualidad, tras años de excavaciones y estudios de lo que ya es un yacimiento arqueológico, empiezan a revelar parte de la destreza artística que supieron imprimirles inicialmente sus artífices.

El visitante que acuda hoy a contemplarlos se hallará ante unos bloques de simetría regular, tallados en caliza, mármol y travertino, y dispuestos en forma de terraza en la ladera del altozano. No es difícil distinguir las porciones que todavía se conservan de la primitiva inscripción latina, ya que las letras han sido talladas con la habitual precisión de los canteros clásicos. Tras esos cubos pétreos cubiertos de mensajes se levanta una pared en la que aparecen, a intervalos regulares, unos misteriosos huecos. Se trata de las cavidades en las que venían a alojarse los gruesos extremos de los arietes de bronce de las galeras que se capturaban en los com-

bates. Los espolones sobresalían de los muros en un ángulo de noventa grados, y había treinta y cinco garrones en total. Era una estructura ciclópea, el mayor monumento de arietes arrebatados al enemigo del Mediterráneo antiguo: un trofeo en todo su bárbaro esplendor, adornado con una panoplia de armas tomadas por la fuerza.

Sin embargo, como muy bien sabría cualquier romano, la victoria es cosa que sólo los dioses tienen en su mano, y por ello tampoco se ha olvidado aquí su papel. Tras los dos murallones, en un punto algo más elevado de la falda del cerro, se erigió un enorme santuario al aire libre, consagrado a Marte, el dios de la guerra, y a Neptuno, soberano de los mares. Había asimismo un templo, igualmente abierto, dedicado a Apolo, señor de la luz. Un friso labrado conmemoraba el desfile triunfal con el que se celebró en su día la victoria en Roma. El inmenso complejo de la loma cubría aproximadamente una superficie de más de tres mil metros cuadrados.

No es descabellado considerar que este monumento era la piedra angular del Imperio romano. Y es perfectamente pertinente que se levantara aquí, en Grecia, a casi mil kilómetros de Roma, y no en Italia. La obra conmemora un choque que se desarrolló en las aguas que se extienden a sus pies: la batalla de Accio. Fue un combate destinado a dirimir la ubicación del corazón de Roma, emprendido para determinar si su centro de gravedad debía situarse en Oriente u Occidente. Dado que Europa es el resultado de la Roma imperial que nació en esta batalla, el combate fue, de hecho, uno de los puntos de inflexión de la historia.

El encontronazo es también representativo de dos modalidades de la acción bélica, ejemplo del eterno dilema estratégico entre lo convencional y lo heterodoxo. Uno de los dos bandos era la encarnación misma de un planteamiento aparentemente seguro: grandes batallones, el mejor y más actualizado equipamiento, y una sólida tesorería. El otro carecía de fondos y tenía que hacer frente a las resistencias surgidas en la metrópoli, pero poseía experiencia,

imaginación y audacia. Uno de los contendientes lo fiaba todo a una astuta espera de la acometida del adversario, mientras que el otro lo arriesgaba todo en cada ataque. Y si una de las partes buscó la embestida frontal, la contraria optó en cambio por una táctica indirecta. Éstas son cuestiones que todavía hoy siguen constituyendo la médula de todo debate estratégico.

Un buen día de septiembre de hace más de dos mil años, las tripulaciones de seiscientos buques de guerra –cerca de doscientas mil personas– se enfrentaron y murieron por el dominio de un imperio que se extendía desde el canal de la Mancha hasta el río Éufrates, y que andando el tiempo todavía habría de ampliar más sus límites al anexionarse lo que hoy es la localidad escocesa de Edimburgo y alargar su brazo hasta el mismísimo golfo Pérsico. Una mujer y dos hombres enfrentados tuvieron en sus manos el destino del mundo Mediterráneo. La dama, atendida por sus solícitas doncellas, fue una de las soberanas más famosas de la historia: Cleopatra.

Cleopatra no fue sólo esa reina de corazones e icono del hechizo y la fascinación femeninas que inmortalizara William Shakespeare, también reveló ser una de las mujeres más brillantes y hábiles que jamás haya conocido el arte de gobernar en toda la historia. Fue una de las posibilidades de transformación histórica más relevantes que hayan existido, pese a que quedara incumplida. Tenía al menos algo de macedonia y de persa, además de una muy probable ascendencia egipcia. Pocas mujeres de la historia han desempeñado un papel tan importante como Cleopatra en las esferas estratégica y táctica de una guerra abocada a definir el destino de una parte sustancial del mundo.

Su amante, Marco Antonio, el mismo que arranca con estas palabras el célebre monólogo shakespeariano: «amigos, romanos, compatriotas, escuchadme...»,^{*} el valiente que pronuncia a con-

^{*} Julio César, acto III, escena 2. (*N. del T.*)

tinuación el elogio fúnebre de Julio César en el Foro, tras los Idus de marzo, el que venga su muerte en el campo de batalla, en Filipos...; ese hombre luchará codo con codo con Cleopatra. En el bando contrario se encontraba Octavio César, el futuro emperador Augusto, quizás el mayor fundador de imperios que Occidente haya conocido. A su lado, su mano derecha e indispensable almirante, Marco Vipsanio Agripa. Pese a que muchas veces se pase por alto su figura, Agripa fue el verdadero artífice de la victoria. Octavio y él formaron uno de los más insignes equipos dirigentes de la historia. El siguiente personaje de la epopeya, que no se hallaba físicamente presente en Accio (por encontrarse en Roma), aunque sí en espíritu, era la mujer que rivalizaba con Cleopatra por el cariño de Antonio: la hermana de Octavio y exesposa, recién divorciada, de Marco: Octavia. Pese a que habitualmente se la pinte con los rasgos de una persona sumisa y abnegada, Octavia fue en realidad una experta espía, capaz de introducirse y operar en la alcoba del máximo adversario de su hermano, ni más ni menos. Y, como tantas veces sucede en la historia, los actores aparentemente secundarios son, de hecho, los que más influyen en su curso.

El de Accio fue un acontecimiento decisivo de enorme trascendencia. Si Antonio y Cleopatra hubieran triunfado, el centro neurálgico del Imperio romano habría basculado al este. La ciudad de Alejandría, en Egipto, habría competido con Roma por el título de capital imperial. Y un imperio con la mirada vuelta hacia el Oriente se habría parecido más al formado posteriormente por los bizantinos, aunque todavía más interesado que la élite de habla latina de la Roma imperial en las culturas griega, egipcia y judía, por no señalar otras igualmente importantes del levante Mediterráneo. Ese imperio podría no haber incluido nunca a Gran Bretaña en su territorio, quizá no hubiera chocado con Germania, y tal vez no hubiera dejado la profunda huella que imprimió en la Europa occidental. Pero fue Octavio quien se alzó con la victoria.

Cerca de dos años después de la batalla, en torno al año 29 a. C., el propio Octavio dedicará el monumento construido en el emplazamiento mismo de su cuartel general durante las hostilidades con esta inscripción:

El victorioso general [*Imperator*] César,¹ hijo de un Dios, vencedor en la guerra librada en nombre de la república en esta región, habiendo sido nombrado cónsul por quinta vez y proclamado siete veces triunfador, consolidada al fin la paz por tierra y mar, consagró a Marte y a Neptuno el campamento del que partió a combatir, adornándolo con los despojos del enfrentamiento naval.

El monumento domina un panorama espléndido. Al sur y al este se abre el golfo de Accio (actualmente conocido como el golfo de Ambracia, o de Arta); al suroeste se yergue la isla de Leucas (hoy Léucade); al oeste, el mar Jónico; al noroeste, las islas de Paxós y Antípaxos, y, al norte, los montes de Épiro. Todo el que levante la vista, sea a bordo de un barco o en tierra, verá forzosamente ese monumento de la victoria sobre su cabeza.

En la llanura que se extiende bajo la edificación, el vencedor de la batalla fundó una ciudad nueva, siguiendo la costumbre de los grandes conquistadores de la antigüedad. La llamó Ciudad de la Victoria, o Nicópolis,² en griego. En los siglos posteriores, la población prosperó, ya que no sólo era una localidad portuaria, sino también una capital de provincia, amén de un hermoso destino turístico para todo el que quisiera asistir a su festival atlético cuatrienal: las «Accias», o Juegos de Accio.

Ciudad de la Victoria: apenas habían tenido tiempo de abandonar el escenario los combatientes cuando ya se lanzaban sobre él los creadores de mitos... Pero ¿fue efectivamente una gran victoria la de Accio? Si así lo sostienen varias hectáreas de mármoles, secundadas por legiones de administradores, equipos de sudorosos atletas y gradas enteras de espectadores entusiasmados, es que debió de serlo... De hecho, los libros de historia concuerdan

en afirmarlo así, pero no hay que olvidar que fueron justamente los triunfadores quienes redactaron esas obras. Octavio, o Augusto, como no tardará en conocerse, habría asentido sin duda aprobadoramente al muy posterior comentario del primer ministro británico Winston Churchill: el gran estadista inglés aseguraba que confiaba en el juicio de la historia, y por buenas razones, ya que «yo mismo me propongo escribirla». ³ Y, en Nicópolis, Augusto la dejó grabada en piedra.

Pero también la consignó con tinta: en unas *Memorias* que se harían célebres en la antigüedad. Pese a que influyeran en un puñado de textos antiguos que han llegado hasta nosotros, la propia autobiografía desapareció hace muchísimo tiempo. Las obras que se conservan no nos ofrecen más que un retablo sumamente esquemático de lo ocurrido en Accio, y además se contradicen unas a otras en extremos importantes. Tampoco disponemos de la versión de los acontecimientos que dejaron Antonio o Cleopatra, aunque también sus escritos han dejado algún rastro en las fuentes que sí han salvado los siglos. La verdad de lo sucedido es difícil de reconstruir.

Accio fue una magnífica batalla, pero no un acontecimiento aislado. Supuso la culminación de una campaña de seis meses, jalonada por numerosos encontronazos, tanto navales como terrestres. Un año después de Accio también se desarrollaría una breve pero decisiva operación en Egipto. No obstante, tampoco hemos de pensar que todas las acciones fuesen de carácter militar. La contienda entre Antonio y Octavio tuvo episodios diplomáticos, lances propios de la guerra de la información —desde movimientos de propaganda hasta ejemplos de lo que hoy llamamos noticias falsas—, pugnas económicas y financieras, y desde luego la entera panoplia de las emociones humanas, de entre las que descuellan, al menos, el amor, el odio y los celos.

Como sucede con todo cuanto creemos saber sobre Accio, la ciudad y el monumento que se cierne sobre ella forman parte de un mito. Y se trata de un mito tanto más insidioso cuanto que

es invisible. Accio ha dado pie a un rico legado de erudición. Los estudiosos saben que la verdadera historia de Accio dista mucho de parecerse a la versión oficial, lo que por otra parte no les ha impedido discrepar entre sí con el paso del tiempo. En la década de 1920, una prestigiosa corriente de pensamiento decretó que había que tener a Accio por un choque de relevancia secundaria debido a que entre su inicio y su desenlace había transcurrido muy poco tiempo (y a que sólo la publicidad de Octavio había conferido significación a esa brevedad). Con los años, esa escuela de interpretación histórica ha terminado postergada, gracias a las recientes pruebas arqueológicas descubiertas y a la reinterpretación de las fuentes literarias. Y los nuevos materiales han transformado la guerra que se llevó por delante a Antonio, decidió la suerte de Cleopatra, y elevó a Octavio al rango de Augusto —y a la cima que supone haberlo convertido en el primer emperador romano—, en un conflicto aún más intrigante.

No se trata sólo de que el acervo popular relacionado con la figura de Cleopatra se cuente entre los más ricos y complejos de la historia, es que ella misma mostró desde el principio una vocación mítica al implicarse en el conflicto. Y otro tanto cabe decir de Octavio y Antonio. Octavio proclamaba ser el campeón del dios de la razón —Apolo— en su lucha contra la fuerza bruta y la irracionalidad de la intoxicación y el delirio. Sostuvo siempre que en el encontronazo Oriente se oponía a Occidente, la decencia a la inmoralidad, y la virtud viril a las maniobras de una virago. Los modernos tendemos a dar la vuelta a estas categorías y a ver en su propaganda signos de racismo, orientalismo y misoginia.

Más difíciles de deducir son las convicciones de Antonio y Cleopatra, pero las fuentes nos ofrecen algunas pistas. Cleopatra afirmaba ser la lideresa de la resistencia al poderío de Roma, la adalid del conjunto del Mediterráneo oriental, que no sólo se había alzado en armas, sino que se hallaba justamente indignado por la arrogancia de ese invasor venido de poniente. Es más, la reina de Egipto se presentaba como una salvadora, como la encarna-

ción terrenal de una diosa, Isis, cuya victoria estaba llamada a desbloquear los umbrales de una edad de oro. Antonio, que se enorgullecía de ser su consorte, mantenía recibir su inspiración del dios que había conquistado Asia, Dioniso, y estaba convencido de que Octavio no sólo era un envidioso, sino también un impío. (El hecho de que Dioniso fuera también la divinidad del alcohol daría a los propagandistas de Octavio ocasión de enhebrar máximas moralizantes). En un plano más mundano, Antonio se consideraba defensor de la nobleza y el senado de Roma frente a un tiránico advenedizo de muy modesta cuna. Cleopatra tenía asimismo el sentimiento de estar protegiendo la casa real de los ptolomeos, cuyo origen tenía ya entonces tres siglos de antigüedad. Y tanto Antonio como Cleopatra sabían que debían parar en seco el desafío de Octavio o arriesgarse a perder todo cuanto habían erigido para sí y sus descendientes.

Este libro recrea con detalle las peripecias de la batalla de Accio. También presenta al lector la primera reconstrucción del punto de inflexión de la embestida: lo que nos llevará a la sorprendente constatación de que se produjo en un choque ocurrido aproximadamente seis meses antes que el que nos ocupa. Ofrece, por tanto, una reproducción de los pormenores operativos del audaz asalto de Agripa sobre la retaguardia de Antonio: un ataque que dejó conmocionado al enemigo y trastocó drásticamente sus expectativas. Las batallas campales siempre han captado la imaginación de la gente, pero en la historia de la guerra es muy frecuente que sean las tácticas insospechadas y poco convencionales, ejecutadas además por sorpresa, las que inclinen la balanza. En el caso de la guerra de Accio, por ejemplo, uno de los roles clave es el que desempeñó el depuesto rey de la antigua Mauritania, que combatió en un lugar conocido con el nombre de Metone, en un oscuro rincón de la Grecia meridional. Antonio, Cleopatra y Octavio no intervinieron para nada.

Con todo, por importante que fuera el ataque anfibio de Agripa, es preciso situarlo en el contexto de una lucha que, ade-

más de no guardar relación con los pulsos militares de la época, llevaba desarrollándose más de un año cuando se produjo la irrupción de Agripa. La verdadera guerra fue una campaña integral y compleja en la que no sólo había que tener en cuenta la violencia armada, sino también la diplomacia, los tejemanejes políticos, la guerra informativa, las presiones económicas..., y el sexo.

En su más reciente biografía, la figura de Antonio emerge con un carisma aún más impresionante de lo que anteriormente creíamos. La crítica de las fuentes, pongo por caso, ha permitido comprender de manera novedosa el «desastre de Partia» que Antonio hubo de encajar entre los años 36 y 34 a. C., en una campaña militar en la que el reino de Partia no fue más que un objetivo indirecto y que, pese a no tener un desenlace airoso, difícilmente podría considerarse una catástrofe. De hecho, sus repercusiones diplomáticas permitieron que Antonio recuperara buena parte de lo perdido. No obstante, ese éxito vuelve todavía más desconcertante su fracaso en Accio.

Hay aquí un misterio sin resolver. La guerra de Accio terminó con un nuevo centro urbano en la planicie y un resplandeciente monumento de bronce y piedra en la ladera de una colina asomada al mar. Sin embargo, el conflicto que habría de provocarla se inició doce años antes en Roma...